

# Los Cuentos Extremeños

REVISTA ILUSTRADA

Se publica los días 8, 18 y 28.

EVA — Comedia  
de costumbres contem-  
poráneas, en tres ac-  
tos — original de  
Felipe Trigo — con  
ilustraciones de Ade-  
lardo Covarsí. ❧



11287

1908

20 cénts.

AÑO I.—NÚM. 2.

# Los Cuentos Extremeños

Redacción: Calvo Asensio. 9, 2.º  
Administración: Mediodía Grande, 11, pral.  
MADRID

Suscripción en España: Trimestre . . . . . 1,75 ptas.  
PAGO ADELANTADO

Para los anuncios, véase la Tarifa en la 3.ª plana.  
PAGO ADELANTADO

*En esta Revista colaborarán los extremeños, los que residan en Extremadura y los que tengan algunos vínculos contraídos con ella.*

## Gracias.

*Sinceras, rendidísimas brotan de nuestra pluma á impulso irresistible, á mandato imperioso del corazón.*

*Y orgullo, sí, orgullo, pero orgullo impersonal nos ha producido la aceptación que, pléticos de entusiasmo, han dispensado á nuestra Revista la generalidad de los extremeños.*

*¡Es un despertar hermoso!*

*¡Es un reivindicador resurgir literario!*

*¡Es una corriente de cariño fraternal entre los extremeños que vegetamos en Madrid y los extremeños que viven en otras provincias y en Extremadura!*

*¡Es, en fin, el grito belicoso de un puñado de «guerreros» que piden pelear á vanguardia y á pecho descubierto!*

*¿Cómo no enviar también nuestro agradecimiento lealísimo á todos — ¡muchos, muchos! — los que, sin ser extremeños ni unirles á éstos vínculos de ningún linaje que no sea el sagrado de españoles, nos dispensan su apoyo material, animándonos, cariñosos, á proseguir la altruista labor que nos hemos impuesto?*

*¿Y el noble pueblo de Madrid?*

*¡Ah! El noble pueblo matritense ha contestado de un modo gallardísimo, y hácese también merecedor á nuestra leal, eterna gratitud.*

*La Revista LOS CUENTOS EXTREMEÑOS se permite hoy, al dar á la publicidad su número segundo, este desahogar franco de su alma, prometiendo, para muy pronto, algunas mejoras en rendimiento de justa, equitativa correspondencia.*

## Á NUESTROS COLABORADORES

Son ya muchos los trabajos que con destino á LOS CUENTOS EXTREMEÑOS, é ilustrados por excelentes dibujantes colaboradores nuestros muy estimados, han llegado á esta Redacción.

Y, á propósito Nos atrevemos á rogar á aquéllos den preferencia á cualquier procedimiento de dibujo sobre el del carbón, y opten siempre por el papel blanco liso.

Los fotograbados de ilustraciones al carbón, no pueden, en modo alguno, por muy bien que estén ejecutadas, reproducir los dibujos con limpieza grata á la vista.

### TARIFA DE ANUNCIOS

3.ª plana, 1/2 id. Ptas. 36,00	4.ª plana, 1/4 id. Ptas. 30,00
» 1/4 » » 21,00	» 1/8 » » 18,00
» 1/8 » » 15,00	2.ª plana, línea » 3,75
» 1/16 » » 9,00	Estos precios son por meses. Siendo por un semestre, ó más, se bonifica el 10 p. 0/0. — Incluido el timbre.
» 1/32 » » 6,00	
4.ª plana, entera » 90,00	
» 1/2 » 54,00	

## PAPELERÍA, IMPRENTA, LITOGRAFÍA

Artículos para Oficina y Fábrica de Papel de Vasares y Confetti.

## FRANCISCO LENCINA

Conde de Romanones, 3 y 5. — MADRID

Ex oficial de Hacienda, siete años práctica, é idóneo en el ramo, aceptaría Secretaría Ayuntamiento en Extremadura. — Razón en la Administración de esta Revista.

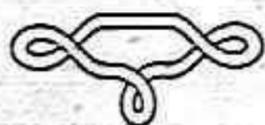
## Café torrefacto marca LA ESTRELLA

MONTERA, 32, MADRID. — TELÉFONO 1.555



## Balgañón y Moreno

IMPRESORES—Pelayo, 36, Madrid.



11284  
RAFAEL. — ¡Bravo, D. Francisco...!  
OSCAR. — Muy bien. ¡Bravo! (*Ambos con galantería cariñosa*).  
D. FRANCISCO. — ¡Sí, sí, tomadlo á risa! Lo malo es que *ellas* se van enterando. (*Desaparece*).

### ESCENA III

DICHOS. — EVA (*por la derecha, cuando se indica, en traje de casa*).

RAFAEL. — Me vuelvo al teatro, puesto que va lo de Eva pasando. ¿Usted se queda? (*A Oscar*).

OSCAR. — Iré después.

RAFAEL. — Sin embargo, al salir vendré por sí...

EVA. — (*Parándose en la puerta fondo*). ¡Ah! (*Ligerísima y contenida exclamación de despecho al ver á Rafael aquí todavía*).

ADELINA. — (*Yendo al encuentro*). ¿Te sientes mejor?

EVA. — Sí. (*Con sequedad*).

RAFAEL. — ¿Bien del todo? ¿Completamente bien?...

EVA. — Sí. (*Con desprecio*).

RAFAEL. — De cualquier modo me despedía hasta más tarde. Vendré antes de recogerme por si tienes novedad. (*Con intención*).

EVA. — Gracias. Agradezco el interés. (*Con ironía*).

RAFAEL. — El de siempre. Hasta luego.

OSCAR. — Adiós.

ADELINA. — Hasta luego. (*Sale Rafael derecha fondo*).

OSCAR. — (*Tras un momento de silencio en situación molesta para los tres*). Aquí estoy leyendo... (*Indica la habitación contigua y sale derecha fondo*).

### ESCENA IV

EVA. — ADELINA.

EVA. — ¡No sabe el daño que me ha hecho! (*Por Rafael*).

ADELINA. — Pero, ¿conocía él...

EVA. — Lo ignoro. Quizás no... (*Desesperada en toda la escena*). Pero él ha fijado definitivamente mis sospechas en esa mujer... ¡Adelina, qué desgraciada soy! (*Se sienta en el sofá y llora*).

ADELINA. — Lo mismo creía yo cuando pasé noches enteras llorando, y Oscar con la luz del alba me traía en premio el cansancio del placer y el perfume de otras mujeres. Por el olor sabía la querida que aban-

donaba: Luisa, henc; Lucía Pons, opoponax; y Petra, aquella pécora de planchadora que sacó de casa para ponerla cuarto, lilas.

EVA. — (*Levantándose con energía*). ¡Jamás! Emilio no se atreverá á lo mismo.

ADELINA. — Y, no obstante, me he ido acostumbrando poco á poco. Y ya no lloro... Es decir, con lágrimas.

EVA. — Mira, Adelina; aislada del mundo, junto á mi madre, ella me enseñó á querer con todo el corazón. Ignoraba é ignoro qué sucede fuera de mi casa, donde tengo toda mi vida. Pero, ó al casarme he encontrado en Emilio, á quien dí mi fe, la ternura del cariño inmenso de mi madre, ó no he encontrado nada... Te lo juro. ¡Yo no pudiera tener un marido por vanidad, como tendría un lacayo!

ADELINA. — ¡Je!... Fuerte es la comparación... No pediría yo tanto de Oscar. ¡Que no me humillara! ¡Que no me perdiese toda clase de respetos!

EVA. — ¡Humillación! ¡Respetos!... Tampoco tú puedes entenderme. (*Se sienta desfallecida y llora*).

ADELINA. — ¡Pobre amiga! (*Se acerca. — Transición para consolarla*). Después de todo, no hay motivos para tal desesperación



con Emilio. Su falta, un pecado venial de esos que — creeme, te lo digo yo que viví más en el mundo —; un pecadillo de esos en que el mejor marido cae por nostalgias de su libertad perdida, y que muchas veces sirve para aumentar el cariño á la esposa, por el contraste de la impureza con el pudor...

EVA. — ¡Qué? (*Alza con arrogancia la cabeza*).

ADELINA. — Se perdona. Todas las mujeres lo perdonan.

EVA. — Menos yo. (*Eva se yergue sin levantarse. Adelina está de pie junto al respaldo*).

ADELINA. — Pues la que no perdona, ¡infeliz! ó se aguanta ó se rebela, y de cualquier modo pasa de juez magnánimo á víctima. A víctima resignada ó á víctima vencida... y no sé qué es peor. ¡Los hombres son hombres!

EVA. — Al que yo le dí con todo mi amor toda mi pureza, le exijo otro tanto. (*Definitiva*).

ADELINA. — Mucho es.

EVA. — Ni más ni menos que lo que él exige. (*Va á explicar algo y desiste*). No. Tú no puedes entenderme...

ADELINA. — Pero...

EVA. — (*Con imperio*). ¡Déjame! ¡No me hables! (*Cae en el sofá sin llorar, con tranquila y feroz desesperación, ocultándose la cara entre los brazos*).

ADELINA. — ¡Me das miedo! Eva. (*No contesta*). Es preciso que tu tío se entere y que... (*Sale por la derecha después de contemplar un momento su muda agitación nerviosa. Eva se levanta un momento después y sale por el lado opuesto. La escena queda vacía un instante*).

## ESCENA V

EMILIO. — OSCAR. (*Derecha fondo*).

EMILIO. — (*Entra hablando con Oscar*). ¿Estás seguro?

OSCAR. — Hasta la evidencia. Te he esperado aquí nada más por advertírtelo.

EMILIO. — ¿Pero sabe que es Carmen? ¿Cómo lo sabe?

OSCAR. — Tu capricho por esa niña te ha hecho cometer verdaderas imprudencias... El dichosito grupo, el artículo de hoy... y esta noche... ¡ah! la mostrabas así (*hace ademán de adelantar una dama con la mano*), ofreciéndole las ovaciones, mirándola de un modo... ¡No te faltaba más que comértela á besos! ¡Y la verdad es que estaba despampanante!

EMILIO. — ¿Tendría que ver algo Rafael con el desmayo de Eva? ¿Pero qué puede haberle dicho Rafael, ni con qué fin?

OSCAR. — No sé. Pero tu mujer abandonó el palco por ella, y si hubiera podido matarla con los ojos... la mata. (*Se acerca á Emilio, que estará torvamente pensativo, y le dice po-*

*niéndole la mano en el hombro y con acento cómicamente solemne*). Desiste de tu amoroso vuelo al nido de ninfas.

EMILIO. — ¿Desistir? (*Revelando cuán lejos está de ello*).

OSCAR. — Peliaguda es la cuestión; pero si consigues aplacar los primeros truenos, que son los más fuertes, y después logras, poco á poco, imponerte á Eva, como yo á Adelina...

EMILIO. — (*Con desprecio*). La pobre Adelina es tan débil como la generalidad de las víctimas destinadas á maridos de tu laya.

OSCAR. — ¡Débil! ¡Ríete tú! Mis trabajos y sus ataques de nervios ha costado la insula de mi libertad.

EMILIO. — Insula, no Barataria, pero sí de baratero... conyugal.

OSCAR. — Como podrías tú serlo... como lo serás. (*Echándose en cara*).

EMILIO. — ¡No me compares contigo!

OSCAR. — ¡Chico! (*Con asombro cómico*).

EMILIO. — Ni yo abusaré jamás de mi autoridad ó de mi fuerza con una esposa honrada, ni es la mía de las que lo consintieran.

OSCAR. — Pero, oye, tú (*con convencimiento y calma burlona*); ¿es que no es abuso el que... tú y Carmen... y Carmen y tú...?

EMILIO. — Mientras Eva lo ignoró, como si Carmen no existiese.

OSCAR. — Y hoy que lo sabe...

EMILIO. — Procuraré volverla á su ignorancia.

OSCAR. — ¿Y si no puedes?

EMILIO. — Si no puedo... si no puedo... ¡qué sé yo! Pero de antemano afirmo que no he de intentar siquiera la villanía de hacerla soportar una rival, con la que ella, además, no transigiera, estoy seguro. Y, ve qué rareza, no sólo estoy seguro, sino contento, porque prueba el amor que Eva me tiene y la superioridad de su alma; es decir, prueba de que yo no me engañé al juzgarla, y que es digna como no lo fuera mujer alguna, excepto Carmen, de mi estima y mi respeto.

OSCAR. — ¡Bah! Entonces ¿qué quieres que te diga...? Veo muy difícil que devuelvas la confianza á Eva, y...

EMILIO. — ¿Y qué?

OSCAR. — Y que vale más que de una vez y para siempre renuncies á Carmina.

EMILIO. — Te equivocas, Oscar, si has creído que Carmen no es para mí más que un capricho. Por cosa tan despreciable no hubiera arriesgado la tranquilidad de mi

casa, como haces tú, como hacen tantos... Yo que me casé con Eva porque es una de las muy pocas que no tienen toda su imaginación en la caja de «velutina», hoy adoro á Carmen, la adoro ciegamente, con todo el amor que caber puede en el humano corazón, porque... tiene un alma capaz de comprender todos los anhelos de mi alma... Yo no renunciaré á Carmen por nada ni por nadie, jamás.

OSCAR. — (*Sorprendido y con seriedad*). No te creí tan... bravo. (*Duda otra vez según la tendencia constante de su carácter*). Vale que eso será obra de la exaltación... Traes aún turbada la cabeza por el mareante rumor de los aplausos, y las pupilas cegadas por los eléctricos reflejos de Carmina á la luz baja del proscenio.

EMILIO. — (*Sonriendo*). No. Ya me ves. Tranquilo estoy.

OSCAR. — Entonces... ¡malo! (*Con pausas muy marcadas*). Te pronostico sinsabores. (*Siente á Eva*). Tu mujer. ¡Arréglate como puedas, yo he cumplido advirtiéndote á tiempo! (*Sale derecha fondo*).

## ESCENA VI

EMILIO. — EVA.

EMILIO. — (*Permanecerá hacia la izquierda fingiendo no haber notado á Eva. Cuando ella entra por la derecha, distraída y despacio, de un modo automático é incierto, él se acerca con solícita y tranquila ingenuidad.*) ¡Eva!

EVA. — ¡Oh! (*Se detiene rehuéndole; retrocede un paso procurando que entre ambos quede alguna butaca. Su exclamación indefinible se referirá á la impresión que le produce, pues ha de suponerse que viene á buscarlo. Su entrada, sin embargo, es de dolorosa indolencia como si de la entrevista temiera grandísima*).

EMILIO. — ¿Qué tienes? (*Deteniéndose á su vez y fingiendo extrañeza*).

EVA. — (*Después de ligera pausa en que ostensiblemente muestra la vacilación del tono en que va á contestar*). ¿No lo sabes tú?

EMILIO. — Os eché de menos, corrí hacia acá y encontré á Oscar, quien me lo ha dicho: que te sentías molesta en el teatro.

EVA. — Me sentía mal... ¡muy mal!... ¡casi morirme!

EMILIO. — ¿Por qué no me avisaron?

EVA. — Me opuse yo. (*Vacila*). Abierta toda tu alma al placer... ¡qué podrían importarte mis penas!

EMILIO. — ¿No importarme... tus penas? ¿De cuándo á acá no son mías las de mi Eva?

EVA. — (*La hiere esta hipocresía*). Estabas bien junto á... esa actriz, cuyo amor se codicia, cuyo talento se aplaude, cuya gracia se celebra...

EMILIO. — ¿Qué hablas?

EVA. — Para tu Eva, para esta ignorada mujer (*dolor sincero de enamorada*), ya tendrías tiempo... Has hecho mal en venir. Desde el teatro al banquete, y desde el banquete á la huerta... siempre con ella.

EMILIO. — ¿Con quién?

EVA. — Con Carmen... ¿Te sorprende la noticia?

EMILIO. — ¡La calumnia!

EVA. — ¡La evidencia, que tú y ella forjasteis, y que yo he ido recogiendo para arrojártela al rostro!

EMILIO. — ¡Ella!

EVA. — Ella, sí. La espiritual niña de virtud famosa. Ella en sus miradas de amante impúdica, clavadas en tí con rapidez delante de todo el mundo para que el mundo no se entere... ¡Porque por lo visto hay mujeres sin honor... que tienen muchísima vergüenza!

EMILIO. — (*Sin poder contenerse*). ¡No la insultes!

EVA. — ¡La defiendes tú!... ¡Extraño caso!

EMILIO. — (*Comprendiendo su imprudencia y cambiando por serena dignidad su arrebatado*). El de un hombre que ante... el error, defiende á una señora.

EVA. — El de un ingrato, de cinismo sin nombre, que ante su mujer defiende á la querida.

EMILIO. — ¡Eva...! A mí tampoco me insultes.

EVA. — La verdad no insulta. Cuando es mala y queda rubor, sonroja. Pero en tí ni eso consigue. ¿Negarás que me olvidas por tu *compañera de fama*, por la que no contenta de compartir en público tu gloria y tus caricias en criminal secreto, absorbe tu pensamiento que sobre ella se deshace en lluvia de flores, te envía retratos que poner junto al mío é invade y mancha mi propia casa, la huerta..., ¡porque quizás serías capaz de profanar aquel sitio, para mí tan sagrado, en que murió nuestro hijo!

EMILIO. — ¡Oh!... (*Como si todo su ser se rebelara á la necesidad de mentir que se le impone*. — *Se acerca y dice con acento de ira que no es fingida completamente*). Te creo incapaz de ofenderme sin motivo y debajo de tus

injurias trasluzco por lo tanto un calumniador. Dime quién es.

EVA. — (*Con entereza*). No existe.

EMILIO. — (*Se acerca más y la toma del brazo diciéndola con tranquilísima energía*). Su nombre. Te lo suplico... y si es preciso, te lo mando. Yo tengo derecho á saber qué hablan contigo, á espaldas de tu marido, los amigos íntimos.

EVA. — ¿Eh? (*Grito en que repentinamente se revuelve la dignidad de Eva*). ¿Quién?... ¡Rafael! (*A la vez de la dignidad ofendida habrá en estas frases la repugnancia que inspira el nombre y el temor de que Emilio sospeche algo. Eva se ha separado súbitamente*).

EMILIO. — No dije yo tanto. O Adelina ó... pero por algo tú lo indicas. Rafael, acaso. (*Sombra de rigor y amenaza que no es del todo fingida*).

EVA. — ¡Rafael! ¡Rafael! (*Con lentitud de ironía porque su nombre le evoca ahora el contraste de la propia virtud con la conducta de Emilio*). ¡Oh, no! Será hábil, pero tú no puedes intentar tu defensa convirtiéndote en acusador. A mí no hay de qué acusarme, ni oculto, ni visible. Ni hace falta, por otra parte, delator alguno de traiciones, cuando el traidor reúne sin pensarlo las pruebas de su culpa. Para presentártelas no tendría más que llevarte á tu despacho: la estatuilla, el retrato, tus elogios en el periódico... En cambio, si algún secreto tuviera Rafael conmigo, fuera para mí de los que enaltecen; á quien lo pusiera en duda no volvería á mirarle jamás.

EMILIO. — Bien, lo creo. Pues basta ya. Si para culparme tienes otras pruebas, preséntamelas y las destruiré... si no tienes más que esas, yo también te afirmo que no son más que apariencias... (*Eva hace un gesto de incredulidad*). Por mucho que su conjunto tenga de acusador, apariencias son. Te debe bastar que yo lo diga. No creyéndome, será la primera vez que no me crees... y la primera vez que te desprecie. (*Desde un momento antes aparece D. Francisco en la izquierda. Se detiene sin ser visto*).

EVA. — (*Reservada y fría, pero vacilando interiormente*). ¿Me das tu palabra?

EMILIO. — Sí.

EVA. — ¿Tu palabra de honor, la que dais los hombres á los hombres para cumplirla, so pena de deshonor, no la que dais á las mujeres para engañar?

EMILIO. — (*Vacila un segundo*). Sí.

EVA. — (*Con su sequedad reservada*). Ade-

más necesito hechos, pruebas. ¿Estás dispuesto á darlas?

EMILIO. — Habla.

EVA. — No salgas más esta noche.

EMILIO. — ¿Ni al teatro... ni al banquete? Se da por mí.

EVA. — Pues por mí, no asistas.

EMILIO. — Está bien. (*Después de vacilar*).

EVA. — Más tarde te exigiré otras; por ahora me basta para meditar á solas si debo empezar á creerte. (*Sale rígida y friamente por la derecha*).

## ESCENA VII

EMILIO — D. FRANCISCO.

D. FRANCISCO. — (*Entrando*). Di: esa misma palabra, en fianza de honor, de que Eva se engaña... ¿me la repites á mí?

EMILIO. — ¡Ah! (*Sorprendido y con exclamación de resistencia*).

D. FRANCISCO. — Luego tiene Eva razón. (*Ironía bondadosa*). Hay hombres que *mienten bajo palabra de honor á las mujeres*.

EMILIO. — (*Herido*). ¿Con qué derecho se me exige?

D. FRANCISCO. — Con el que me da el ser el único deudo y quizás el único interesado con lealtad en la felicidad de mi sobrina.

EMILIO. — Con lealtad acaso no; pero sin necesidad de ella puede haber en mí, por la felicidad de Eva, un interés tan grande... tan grande, que él solo ¡y por una sola vez! me obligó á lo que nada más me obligaría: á dar en falso mi palabra. A usted, no se la repito.

D. FRANCISCO. — ¡Carmen... tu amante?

EMILIO. — ¡Mi amada! ¡La luz de mi alma!

D. FRANCISCO. — No había querido dar crédito á lo que acaban de contarme.

EMILIO. — Si fué que la adoro, es cierto.

D. FRANCISCO. — Aún más que la noticia, me sorprende tu valor al confirmarla.

EMILIO. — Estoy cansado de esconder los orgullos de mi corazón como vilezas. Es el mismo valor con que al mundo le gritaría yo riosamente feliz, mostrándole á mi Carmen: ¿Ves esta mujer, este ángel? Pues tiene en su corazón más energía que todo tú en tu voluntad de tigre. ¿La véis bien á mi lado? Pues en este que llamáis crimen, hay más amor y más pureza que en casi todos vuestros *tálamos nupciales*, matrimonios reglamentados, vírgenes que acaso disculpáis vuestra venta en la bendición, esposas de oficio y maridos por conveniencia!

D. FRANCISCO. — ¡Estás loco. No dirás que

no te escucho con la calma estóica de un confesor.

EMILIO. — Ni usted puede imaginar cuánto lo siento. Preferiría el odio y el insulto..., quisiera mejor mil veces que usted fuera como yo, un insensato, y Eva menos buena y menos honrada... porque entonces no me abrumarían la noble resignación de ustedes y el gran corazón de su sobrina. «El cariño será el lazo de nuestra unión, — dije á Eva un día —, procura que no se rompa». ¡Lástima que persista el suyo, y que no haya podido mantener en mí más que un afecto de hermano! No seré un santo, seré un hombre, pero ya ve usted que no soy tan miserable como muchos... Ahora si usted le place, siga hablándome como amigo, no como confesor, porque yo ni tengo culpas ni busco arrepentimientos.

D. FRANCISCO. — Bien, entonces ahorremos tiempo. Hablas de un afecto de hermano; sepamos qué puede esperarse de él.

EMILIO. — Usted lo oyó: la mentira generosa.

D. FRANCISCO. — ¡Por caridad!

EMILIO. — Por filantropía.

D. FRANCISCO. — Tienes razón, no es lo mismo.

EMILIO. — Aunque sí más grande. Mi filantropía llegará hasta el sacrificio. Ya vió usted que empecé por el del honor de mi palabra. Acaso pueda acabar por el de mi felicidad; pero si la realidad viniese á destrozar la de Eva, habría cesado la única razón del sacrificio de la mía.

D. FRANCISCO. — ¿Olvidarás á Carmen?

EMILIO. — Eso no depende de mi voluntad.

D. FRANCISCO. — No volverás á verla. Esto sí depende; y creo que no fué otra tu promesa.

EMILIO. — Por esta noche.

D. FRANCISCO. — ¿Y mañana?

EMILIO. — Veremos.

D. FRANCISCO. — ¿Había de reunirte en el viaje?

EMILIO. — Sí.

D. FRANCISCO. — Que ya no se realizará.

EMILIO. — Perdón; mi promesa no alcanzaba á tanto. No volver al teatro ni asistir al banquete.

D. FRANCISCO. — O la has hecho para algo ó es una burla tu promesa. La tranquilidad de un plazo de horas no podría calmar á quien tiene desesperada el alma. Por lo pronto el viaje es imposible. O desistes, ó no creeré ni en tu compasión de filántropo.

EMILIO. — (*Tras de muy ostensibles muestras de lucha*). Desistiré, si es preciso.

D. FRANCISCO. — Además...

EMILIO. — (*Cortándole*). No pida más esta noche. Necesito reflexionar. No quiero prometer demasiado.

D. FRANCISCO. — (*Secamente*). Hasta mañana. (*Sale. Emilio se retira hacia la izquierda y se sienta con preocupación y contrariedad*).

## ESCENA VIII

EMILIO. — OSCAR. — PERIODISTA. — CRIADO.

CRIADO. — (*Derecha fondo anunciando*). El señorito Oscar y el...

PERIODISTA. — (*Interrumpiéndole al entrar*). ¡A ver! ¡Ese autor! ¡Al teatro!

OSCAR. — Chico, venimos en comisión.

PERIODISTA. — Pero, hombre ¿qué huída es ésta? Tú, muchacho (*al criado*), el sombrero y el abrigo del señorito. ¡Un niño mimoso que le vuelve con desdén la espalda á la fortuna!

OSCAR. — ¡Vamos! Si has de ir, en seguida. Está acabando.

PERIODISTA. — ¡Se hunde el teatro!

OSCAR. — Un escándalo. Si no estás al final no sé qué va á ser aquello.

PERIODISTA. — ¡Como ya le han visto!

CRIADO. — Señor...

PERIODISTA. — (*Tomando el sombrero y el abrigo y presentándose á Emilio*). ¡Ea, en marcha! Vivo, vivo. Si no serían capaces de venir por usted.

EMILIO. — (*Que no se ha movido de la butaca*). No, no salgo más esta noche.

PERIODISTA. — ¡Cómo! ¡Le digo que vendrían á llevarle?

OSCAR. — El empresario nos ruega que te supliquemos... Si no vas, le aguas la función.

PERIODISTA. — Y Carmen que le espera á usted. En cuanto supo que tratábamos de buscarle se nos acercó á encargarnos que le encontrásemos en el centro de la Tierra. ¡Es natural! El triunfo es de los dos, á medias. Ya sabe usted cuánto excita á esa pobre mujer el triunfo; y si usted no va, ¡qué banquete ni qué demonio! Sería capaz ella también de negarse á salir á escena. (*Emilio mira á Oscar como interrogándole*).

OSCAR. — Sí, parece muy contrariada.

PERIODISTA. — Como que después del monólogo hubo que llamar á su cuarto al médico. Es una eléctrica, la chiquilla. ¡Oh, qué

bien lo dijo, sin embargo! No he visto nunca tanto fuego de expresión... ni tanta luz de belleza. (*Enfático*). Luz del cielo, pura y espléndida, saltando en sus ojos, jugando en su real cabellera rubia, transparente en su carne, entre los reflejos metálicos de la seda de su traje y el destellar de sus esmeraldas en el cuello de nieve. ¡Vamos, que está esperando ese arcángel!

EMILIO. — (*Se levanta y toma maquinalmente el abrigo y el sombrero. Luego se da cuenta de ello y los tira con rabia sobre una silla*). He dicho que no salgo.

OSCAR. — ¿No está mejor Eva?

EMILIO. — Sí, pero no voy; no puedo.

PERIODISTA. — ¿Ni al banquete?

EMILIO. — No.

PERIODISTA. — Se le guardará su sitio, como al comendador. Veremos si se conforman. (*Sale deprisa tirando de Oscar, que se vuelve desde la puerta*).

OSCAR. — ¿Qué te ha dicho tu mujer? (*Emilio se encoge de hombros con desdén*). Ya veo que no es tan fiero el león... No hagas caso y ven. Quince días de rabieta, luego se irá acostumbrando poco á poco como Adelina y... ¡Carmen está hechicera!

EMILIO. — Vete.

OSCAR. — (*Alejándose para salir*). ¡Mi sistema! ¡Es el más usual! Déjate de procedimientos nuevos. (*Sale*).

(*Emilio, repentinamente, y apenas queda solo, levántase y coge el abrigo y el sombrero. Muestra en seguida, sin embargo, gran indecisión, y los arroja nuevamente á la silla. Al muy poco entra Eva*).

## ESCENA IX

EVA. — EMILIO.

EVA. — ¿Te ibas?

EMILIO. — No. Al revés; me quedaba. Han venido á buscarme. (*Eva ostentará una expresión fría de insensata, como de loca; una resolución extraña*).

EVA. — Por mí puedes marcharte. Te devuelvo tu promesa. Estás libre. (*Emilio no acierta á interpretar esta tranquilidad*).

EMILIO. — Pues me quedo, de todos modos.

EVA. — (*Se sienta en el sofá y le hace sentarse á su lado*). ¿Me has querido mucho?

EMILIO. — ¡Qué pregunta!

EVA. — ¿Quieres mucho á Carmen?

EMILIO. — Insistes...

EVA. — Sí, dime: ¿Por qué me quisiste á

mí? (*Movimiento de Emilio*). ¡Oh! habla, dílo. ¿Por qué te casaste conmigo? Conversemos como dos amigos que han tenido un negocio juntos.

EMILIO. — ¿Negocio? La comparación no es buena...

EVA. — En su aspecto material. Ni mi fortuna era tanta que pudiera cegarte la ambición, ni tan escasa que me hubiera obligado á fijarme en tu brillante porvenir; pero otro interés pudo haber dado viscos de negocio, por tu parte, al matrimonio. Veamos: ¿no llegó un día de tu vida de soltero, en que el hastío te arrojó en tu cuarto de la fonda, pequeño, caro, incómodo, y en que, desde una desvencijada butaca, al contemplarlo con tus ropas en desorden por los armarios, con tus libros y tus papeles por las sillas, mal servido por una criada estúpida, — pensaste por primera vez que tu posición podría permitirte la comodidad de una casa como ésta? ¿No dijiste, entonces: *me caso*; y quizás saliste media hora después á buscar novia?

EMILIO. — No. Yo, cuando tales reflexiones me herían, pensaba en una ama de llaves. Y puesto que tienes curiosidad, voy á decirte por qué me casé contigo... (*Con cariño y queriendo pasarla el brazo por los hombros*).

EVA. — Como amigos. (*Con precipitación, rechazando la caricia*). Como amigos... á lo sumo.

EMILIO. — Está bien. Como amigos. (*Riendo jovial, aunque inquieto*). Te conocí en casa de Oscar. ¿Recuerdas?... Allí iba mucha gente. Tú, algunas veces. Muchas estúpidas; coquetas insustanciales como Rosa Arnáiz; tal cual fragilidad lastimosa como Lucita Jüell; y buen puñado de apreciables vulgaridades como la propia dueña de la casa, como Adelina. Esto, en damas. En galanes, dos clases: como Rafael, fatuos, ó como Oscar, idiotas sin saberlo. Todo un mundo que yo observaba por los rincones. ¡Qué lástima — pensaba una vez mirándote, — que Eva se llegara á casar con alguno de éstos! Y lo extraño es que desde entonces casi todas las noches me dormía, no cavilando con cuál de mis conocidas me casaría yo, sino con cuál de tus amigos pudieras tú casarte...

EVA. — No encontraste ninguno, y por lástima dijiste: yo. Muchas gracias. Quisiste fundar una familia.

EMILIO. — Son fundaciones en que no he

pensado jamás. Cuando así un día me di cuenta de que te adoraba, no tracé el plano de un hogar como un arquitecto el de un palacio de encargo. Nada de cálculos ni de líneas: fué la fantasía quien se perdió en un desconocido é infinito espacio de ternura. Lo contemplé y vi que á él podíamos lanzarnos con libertad, tras del placer, tras de la dicha. Tú serías mi encanto, yo tu ilusión; tú mi ideal, la eterna mujer de mis dramas, la heroína de mis versos; un poco mi esposa y un mucho mi amante; no saliendo del altar para entrar en la casa austera, sino volando como el amor á cualquier alegre nido, donde yo pondría espejos para tí, perfumes para tu hermosura, trajes de todos los tiempos y de todos los países, para vestirte yo mismo, y colores para transformarte en rubia ó en morena, y amar así en tu belleza y con tu alma á todas las mujeres de la tierra. De este modo en vez de escribir novelas, las hubiésemos hecho los dos; y si algún día teníamos hijos, hijos del amor, como las flores del sol y del aire, ya nos sorprenderían picando en nuestro nido como los de los pájaros, y aprenderían de nosotros á amarse, que es cuanto hay que aprender en la vida. Ya sabes por qué me casé contigo.

EVA. — Y dime, ¿soy como imaginabas?

EMILIO. — Seguramente.

EVA. — ¡Ah! Fui *demasiado tu esposa*; tal vez no acerté á ser tu amante. Yo quería de amor el hogar, pero sostenido sobre el deber, y...

EMILIO. — Al contrario; el deber no es capaz de sostener al amor; el amor al deber, siempre.

EVA. — Lo voy aprendiendo tarde. Ya otra ha sido para tí la ilusión deslumbradora, atenta á desplegar la coquetería que yo desdeñé ó de que no supe rodearte. (*Emilio pretende hablar*). ¡Oh, ten calma! ¡Basta de indignaciones fingidas! Tus deberes ya no existen para mí, acabas de decirlo, nacen nuevos de tu nuevo amor... para ella, para la que ves entre resplandores siempre, con trajes de reina ó de odalisca, rubia ó morena, variedad de todas las mujeres que yo no quise representar, porque aspiré á que me amases á mí sola, y en quien, menos mal, me sigues amando un poco, al amar en ella á todas las mujeres de la tierra...

EMILIO. — Eva, por favor... (*Se levanta*).

EVA. — ¡Oh, no, no, no intentes convencerme. Esta vez ya puedes renunciar á tus falsedades. Tengo la prueba escrita y termi-

nante... En mi cuarto... bajo estas llaves... (*Muestra un manojó*). «Alguna podrá abrir aquel *secrétaire* de abajo, de la redacción, que yo no veo nunca. Allí no hay nadie, ¿por qué no ir?...» — me dije. Y vengo de robarte las cartas de tu Carmen.

EMILIO. — ¿Las has leído? (*Rápidamente y con indefinible angustia*).

EVA. — ¡Son muchas! Las guardas en perfecto orden y sólo he visto las primeras... ya continuaré. No he querido retardar un momento el decírtelo. (*Pausa. Emilio vaga por la escena desconcertado y violento. Eva le observa*).

EMILIO. — Eva, dame esas cartas. (*Suplica con dignidad*).

EVA. — Están seguras.

EMILIO. — ¿Para qué las quieres?

EVA. — Para mí.

EMILIO. — No son tuyas. Piensa que son la perdición de una mujer honr...

EVA. — ¡Honrada! Acaba de decirlo.

EMILIO. — (*Acercándose sin perder su tono de persuasión sentimental*). Honrada, sí. Lo que leíste, (*tanteando el terreno, pues no sabe lo que leyó*) no te habrá demostrado más que una cosa. Que esa infeliz chiquilla, que huérfana pasó al poco respetado cuarto de meritoria en el teatro desde la comodidad de una familia digna, tuvo la desdicha de apasionarse de mí, porque yo, admirador de su talento y su virtud, era el único que la trataba con respeto cuando aún ella no tenía los de la fama. Cuando lo pudo advertir, su mal estaba hecho; y cuando yo lo descubrí, no fué por su deseo, sino por su llanto. Por eso has podido ver que me habla de... su amor, en esas cartas.

EVA. — (*Irritada*). Y del tuyo (*Comprende Emilio que habiendo ella leído solamente dos, no ha leído ninguna carta gravemente comprometedorá*).

EMILIO. — Donde dice *amor*, lee *amistad*, ¿Qué menos podía yo hacer, Eva, que proponerme ir trocando, sin violencias, sin romper de un sólo golpe la vida de aquella niña, su pasión insensata en tranquilo afecto? ¿Qué importaban las palabras de mis labios si mi corazón quedaba encalma? Yo sufrí mucho. Yo me acordaba de tí, Eva mía, pensando, al ver que esa niña me adoraba como tú, cuánto la contrariedad en tu adoración sería tu muerte. No me atreví al mismo daño para Carmen, y cada conversación de nuestras públicas entrevistas, y cada carta de nuestras ausencias, fué «un olvido» para su

espíritu. Hoy es más pura y más honrada que jamás, porque sabe, en su abandono, que, como yo, puede encontrar hombres que merezcan que lo sea. Hoy somos amigos.

EVA. — *(Que ha escuchado con atención y vacila, dejándole la mano que la ha tomado Emilio, aunque volviéndose para huir de él).* Me engañas. Quisiera que me engañases, pero...

EMILIO. — No, Eva. Eso que iba tomándote para tí aspectos de traición, sólo porque lo ocultaba temiendo que te lo pareciera, ha sido la prueba más grande de cariño que podía darte. Si es verdad que no me crees como á los demás; si me crees un poco más grande y más noble, piensa que haya podido serlo para lo extraordinario. Carmen, te lo repito, jamás hubiera consentido en sacrificar su pureza. Yo jamás pensé sacrificársela. Ese es el orgullo de nuestra amistad de ahora, que nos permite mirar con orgullo hacia el pasado. Dame esas llaves. Olvida la carta que has leído. Las quemaremos juntos.

EVA. — ¿Me mientes, Emilio? *(Solemne).*

EMILIO. — Dame, te lo suplico. *(Esquivando la mirada de Eva).*

EVA. — ¡Sí, me mientes! Traeré las cartas, pero para leerlas los dos.

EMILIO. — ¡No, las llaves! *(Queriendo cogerlas).*

EVA. — *(Se esquiva).* ¿Por qué no hemos de leerlas? *(Severidad).* Si esas cartas me prueban que es verdad que cada una ha sido un retroceso hacia la amistad, yo me echaré de rodillas pidiéndote perdón. Si prueban otra cosa, que te burlas, que me engañas, que me mientes de este modo, te tendré por el más inícuo y cobarde del mundo. ¡Espera! *(Sale muy deprisa por izquierda fondo).*

EMILIO. — *(Violentísimo).* ¡Cobarde! ¡Inícuo!... Y sí, lo estoy pareciendo, lo estoy siendo quizás en mi ansia de ser generoso. *(Meditación rápida tras de la cual coge el sombrero).* Seamos como los demás, como todos. ¡Oscar tiene razón! Ahora ya no sé si es que me voy por mi voluntad ó es que huyo de la derrota, como los cobardes... *(Sale con temerosa premura por derecha fondo. La escena queda sola el tiempo calculado para que pueda estar en la calle, y entra Eva por la izquierda fondo, yendo recta á la luz como dispuesta á leer).*

EVA. — Aquí están... *(Ve que está sola).* ¡Oh! ¡Emilio! *(Corre á la puerta fondo á mi-*

*rar).* ¡Se fué...! ¡Mentía siempre, Dios mío! *(Queda llorando sin fuerzas, durante largo rato. Luego medio se tiende en el sofá, donde su llanto y sus sollozos se irán trocando por una postración absoluta).*

## ESCENA X

EVA. — RAFAEL.

*(Éste entra fondo, se detiene al ver á Eva sola y como dormida).*

RAFAEL. — *(Se acerca á ella por el respaldo del sofá y la contempla: acerca á su oído la cabeza y dice en voz baja. ¡Eva!)*

EVA. — ¡Tú! *(Incorporándose con sorpresa).*

RAFAEL. — *(Con satisfacción porque cree que sea la lucha del cariño por él).* Te prometí volver. Me he encontrado á Emilio en la escalera. Me dice que... no estás bien. Pero él... se marcha! ¡Va como un loco!

EVA. — Vete. *(Con más desdén y repugnancia que energía; luego se levanta y se aleja indiferente).*

RAFAEL. — Puedo darte más noticias... ¡Oh, difícilillo ha sido! Una doncella fiel... pero en fin... Carmen sale de Madrid esta madrugada; no sé á dónde, ni con quién, porque... la fiel doncella no lo sabe. *(Eva escucha con escondido interés).* Te he servido puntualmente. *(Pausa).* ¿Me esperabas? *(Con insinuación de triunfador. Eva le contesta con una mirada de desprecio y con un movimiento de hombros).* Estás enferma. Los enfermos siempre esperan á su médico para algo. Ve si me necesitas.

EVA. — *(Repentinamente parece preocuparse de la presencia de Rafael. Su actitud fulgurantemente sombría acusará la rápida lucha de su espíritu. Después va á él y le dice con acento indescifrable).* Sí, te necesito. ¿Qué harías por mí?

RAFAEL. — *(Un trunto sorprendido).* Todo! *(Pausa durante la cual Eva manifiesta su lucha íntima).* Todo, todo... excepto olvidarte!

EVA. — *(Que no le escucha).* Bien. Á las tres en punto, aquí. Un coche en la esquina. *(Asombro de Rafael)* ¿Te atreves?

RAFAEL. — *(Perplejo).* Pero...

EVA. — ¡Cobarde!

RAFAEL. — *(Fanfarrón).* ¿Dónde iremos?

EVA. — No lo sé. Ahora, vete.

RAFAEL. — ¿Y cómo entrar?

EVA. — Toma la llave. *(Lo arrastra de la mano hacia la puerta del fondo).*

## TELÓN



## ACTO TERCERO

Gabinete íntimo de Eva. Las puertas del fondo son vidrieras con visillos, debiéndose ver en la de la izquierda la luz de otra habitación. Puerta derecha á la alcoba de Eva. Dos balcones izquierda.

### ESCENA PRIMERA

EVA. — ADELINA. — D. FRANCISCO.

(Eva, arropados los pies en una piel, está medio tendida en el diván. Cerca, en una silla, tiene el paquete de cartas. Lee una. Cuando la arroja con un suspiro de pena y va á leer otra, llaman en la vidriera izquierda fondo, que estará cerrada, como todas las puertas).

ADELINA. — (Fuera y en voz baja). ¡Eva! (Eva escucha contrariada. Un silencio y nuevos golpecitos en la puerta).

D. FRANCISCO. — (fuera). ¡Eva!

EVA. — ¿Quién?

D. FRANCISCO. — ¿Duermes?... ¡Abre!

EVA. — ¡Oh, dejadme. Quiero descansar.

ADELINA. — Abre. ¿Por qué no te acuestas?... Abre, Eva.

EVA. — (Recoge las cartas, guarda el paquete y va á abrir). Me guardáis como á una loca. (Volviendo indiferente al proscenio).

D. FRANCISCO. — Es que lo pareces. (Entra seguido de Adelina y miran la habitación como buscando la ocupación de Eva). Habías prometido acostarte ¿Vas á pasar la noche encerrada? ¿Qué hacías?

EVA. — Nada. Pensar.

D. FRANCISCO. — Y llorar.

EVA. — No, ya no lloraba (*desesperada serenidad*).

D. FRANCISCO. — Entonces, ¿por qué huyes de nosotros? Antes, cuando vivía tu madre, solías acordarte del cielo en tus pequeñas penas de la tierra.

EVA. — Mi pena es ahora demasiado grande.

D. FRANCISCO. — Por lo mismo. En vez de llorar, reza. Dios entiende mejor los dolores infinitos. Yo te vi rezar cuando murió tu madre.

EVA. — Y bien, mañana. Esta noche blasfemaría. Necesito antes recorrer toda mi desgracia para saber de cuánta debo pedir consuelo, si me quedan fuerzas. (D. Francisco va á replicar). ¡Oh, no, no me habléis, no me hable usted, tío; es muy pronto para entenderle aunque tenga usted razón!... Déjenme sola, por favor.

D. FRANCISCO. — Pero... ¿no te acuestas?

EVA. — Usted. Yo, luego.

D. FRANCISCO. — Está bien; adiós. Pero no te atormentes en vano. Tú no conocías la vida, y es ésto. (*Sale derecha fondo*).

## ESCENA II

EVA. — ADELINA

EVA.—(*Se vuelve en la butaca y ve á Adelina de pie*). Y tú, á estas horas, todavía aquí.

ADELINA.—Phsé... nunca me espera nadie.

EVA.— Como á mí desde hoy. En lo sucesivo nos sobrará tiempo... en el odio, en el eterno hastío... (*Queda tristemente reflexiva*).

ADELINA.— No, eso no. (*Por consolarla aturdidamente*). Yo me divierto. Voy al teatro, á paseos, me reúno con amigas. Salgo también con Oscar; es como si hubiese sido mi novio y hubiésemos reñido pacíficamente convirtiéndolo en mi amigo de confianza... Lo mismo te pasará con Emilio. Seréis amigos. (*Se acerca*). La fidelidad del marido es para nosotras un cielo que recorre entera una luna: la de miel. Estamos ya á la de Valencia. (*Observa que no encaja su acento afable de broma y trueca en dulce su ternura*). Le perdonarás, como yo, cuando te convenzas de que en estas calaveradas no hay sino un poco de afán de variedad en la... *desilusión natural del matrimonio*; porque, francamente, el engaño nos molesta al principio más, por creer que hay al medio traiciones horribles y pasiones de rivales que nos humillan y nos vencen... y ¡claro! jugando aún á los novios, nos ahogamos de celos... Y todo el cuento es precisamente al revés: que tenemos á esos caballeros de miel y de amor hasta la coronilla... hartos de nosotras, verdaderamente empalagados, y que para desendulzarse buscan cualquier planchadora que fume, ó cualquier comiquilla que se emborrache.

EVA.— (*Que ha escuchado por fin con triste sonrisa de superioridad burlona*). Tú y Oscar podéis ser esos amigos. Os entendéis perfectamente. Tú, por capricho de mimada niña, fuiste quizá la empalagosa, y él se hastió y te cambió por tu lavandera, la primera vez...

ADELINA.— No, hija: por mi planchadora; no tanto.

EVA.— Yo fuí la esposa de mi marido, lo adoré y no supe ser lo bastante dulce, sin duda, puesto que la *comiquilla* por quien me abandona juega á la romántica, lejos de emborracharse. Está en mí, pues, el dolor de mi cariño inútil y el despecho de la vencida. Mira. (*Saca el paquete y sigue hablando mientras busca*). Sin duda el amor tiene su

arte; yo creí que bastaba entregar la vida, y me engañé; pero he perdido la vida en el engaño... He leído todas las cartas... ¡ninguna me ha hecho tanto daño como ésta!

ADELINA.— (*Reparándola*). ¡Qué letra! ¿De hombre?

EVA.— De Emilio. Ella se la devolvió, y la conserva él entre las de ella. ¿Nobleza, ó coquetería?... De cualquier modo, una mujer temible, superior á mí, por mala ó por buena... Escucha antes á la que es contestación: (*Lee en otra*). «Barcelona, 20 de Marzo de 1892.» Hace un año... ¡un año sin que yo haya visto la traición tan cerca! ¿Sabía ocultarla su generosidad, ó su hipocresía?... También un hombre superior á mí... por la maldad ó por la grandeza... ¡Oh, sí, los veo lejos, para siempre, para siempre, en otro mundo más amplio donde sólo ellos pueden encontrarse!... (*Pausa dolorosa*).

ADELINA.— Pues lo que es la letra no es cosa del otro mundo. (*Queriendo siempre bromear por piadosa lástima*).

EVA.— Verás en cambiola intención: (*Lee*). «Perdona si esta carta no se parece á las demás. Es que tampoco á quien escribía aquéllas parece la que la escribe. Hay en mí desde esa noche singular de nuestra... *despedida*, una cosa grande y extraña. Río de insensato placer como una loca, y lloro de vergüenza y me insulto y me desprecio pensando que acaso tú has empezado desde esa noche á despreciarme... El rubor de verte al otro día, me hubiese hecho menos daño que esta duda espantosa: ¿Me crees muy intame? ¿Has ultrajado y maldecido mi recuerdo al compararme con las mujeres honradas?... Dímelo pronto. Llorando y muriéndose lo pide por Dios tu pobre, Carmen».

ADELINA.— Esa carta es de algún drama. (*Sinceramente y como olvidada de la situación de Eva ante el interés de la intriga*).

EVA.— Del drama de mi vida. Oye la contestación: «Carmen, Carmen mía: tiemblo de felicidad al escribirte, y como tú misma, te siento *otra*. ¿Deshonrada tú? ¿Tú impura? No. Fué un templo sagrado aquella estancia, fué aquel lecho un altar, y fué ese mismo Dios, en que tú crees, el que en el silencio y la soledad de la noche bendijo nuestro desposorio, sin más testigos que tu alma blanca llena de fe, y mi corazón reboando adoraciones para tí. Honrada, no; divinizada, me pareces desde entonces; y cuando con las mujeres muy virtuosas y honradas te comparo, ellas quedan abajo, tú

arriba, en lo azul... porque tú eres el ideal á cuya realización puedo ofrecer con gusto la pena de haber vivido. Si Eva fuera como tú, yo no habría necesitado adorarte; y si yo tuviera hijas, para ellas te señalaría por modelo.» (*Eva deja caer la carta como desfallecida por la amargura*).

ADELINA. — Sigue, sigue.

EVA. — ¿A qué más?... Una carta... como á mí nunca me escribió. Sin dulzura casi, rígida, austera, augusta en fuerza de pasión. Habla de *aquella noche* con el terror de una fascinación en que empieza una idolatría... Con esta nota le devolvió ella la carta: (*Lee al final*). «Reliquias tus cosas, no me atrevo á destruirlas. Tómalas; rómpelas tú; me quedo, de este papel, con tu cariño; pero adorándote más que nadie, porque te he adorado hasta la culpa. No quiero aceptar preeminencias de virtud sobre quien no merezco. Eva, más honrada; más enamorada, tu Carmen» (*Arroja la carta, nerviosa*).

ADELINA. — No entiendo bien.

EVA. — Ni es fácil. Yo sí lo entiendo, porque lo adivino en mi derrota. Es el *arte*; el *arte de amar*, que nosotras desconocemos, las *mujeres honradas*. (*Con ironía como burlándose del concepto mezquino de la frase*)... Yo empiezo á ver claridades desconocidas, horizontes inmensos de la vida en los cuales aparece la mía pequeña y despreciable. No sé qué revelación se ha hecho en mí con estas cartas de esta mujer, mas no podría decirte si la odio... ó me detesto. Aquí, donde junto á «más enamorada tu Carmen» dice «Eva más honrada», no sé por qué leo yo: «Eva, más estúpida». Y ¡quién sabe si tiene razón! Son insultos delicadísimos de una coqueta que no se ha hecho al espejo. Es el *arte*, el difícil *arte de amar*.

ADELINA. — Y nuevo. El amor catedrático. Esas cartas tienen más miga que parece. Á mí nunca me escribieron sino lo de los *ojos de cielo*, el *talle de palma* y la *boca de granada entreabierta*. Sin embargo, si éste era tu arte antiguo también, convendrías en que tenía en su sencillez mayor encanto. Un clavel seco estaba en mi caja de recuerdos un año, á lo mejor.

EVA. — Mil estaría sobre el corazón de

estas mujeres nuevas que quizá empiezan los hombres nuevos á necesitar. Ya lo has oído; culto, en que hasta es mérito el crimen, hacen del amor, y de sus migajas, reliquias. Mira los pequeños adorados recuerdos... (*Abre una pequeña caja*). Toda la vida en todo el amor. Viejos por la malicia; niños por la ternura. ¡Saben más que nosotras! (*Va sacando de la caja lo que nombra*). No guardó tanto de mí, ni hubiera conservado más tonterías un novio de quince años. La varilla de un



abanico. Tiene una fecha puesta por Emilio: 3-2-91. (*Saca otras cosas*). El madroño de una mantilla. Una medalla..., el esmalte ennegrecido como del largo contacto con la piel.

ADELINA. — ¿Qué dice ahí?

EVA. — Otra fecha, grabada: 18-3-1892.

ADELINA. — ¡Ah! ¡Dos días antes de la carta de Barcelona!

EVA. — Ella le habla de la medalla en otra carta. Le dice que se la puso, al nacer, su madre. Es de la virgen del Carmen. Se la quitó Emilio á los veinte años.

ADELINA.—¡Simbolismo!... ¿Y ese estucne:

EVA.—(Lo abre y se lo entrega). Un rizo en un medallón.

ADELINA.—De zafiros. (Lo deja). ¿Flores secas?

EVA.—Violetas. Y aquí (en un pequeño sobre) mil cosas. Lo romántico y lo material, todo de ilusión: hecho memoria. «2 Abril. H. E.» En esa fecha estuvo él en Barcelona en el *Hotel de Europa*: es de allí el recuerdo.

ADELINA.—¿Dónde vivió Carmen?

EVA.—Ella en el *Continental*, lo dice el membrete de los sobres. Esta esquela lo confirma. (Sácala del cofrecillo): «Iré esta noche». Lo demás parecen despojos recogidos de... Un peinecillo de concha; (lo va mostrando), tres horquillas..., ésta liada en cabellos; un corchete; un botón de nácar..

ADELINA.—De cobre-corsé. Tiene una hilacha de seda... ¿Qué es eso? (Eva ha sacado del sobre un pequeño papel liado y lo va a enseñar, pero se arrepiente y con un movimiento rápido lo vuelve a su sitio).

EVA.—¡Oh... nada! ¡La pasión ennobleciendo hasta lo más pequeño y sensual! (Levántase irritada, dejando la caja y las cartas). Lo que nos sonrojaría á las mujeres honradas, que queremos ser amadas en lo único que no tenemos amable: el alma! ¡Qué malos... ó qué tonta! (por ella misma). Pero de todos modos, ¡cuánto daño aquí! (El corazón). ¡Aunque no! (de pronto con rabia), no creas tú, Adelina; no soy tan tonta ni tan buena como han creído; no soy tan digna de esa lástima que me arrojan desde su felicidad. Odiar y querer... todavía sé más que esa Carmen, aunque esconda á lo salvaje mis odios y mis amores. (Se tranquiliza. Transición á la ironía). «Víctima resignada, ó víctima vencida»—me decías tú—¡Oh, no! ¡Te engañas! ¡Se engañan los hombres! Cuando nos hacen sus esposas, no nos quedan contra ellos tan indefensas como parece! Les damos la vida y el alma... ¡pero ellos nos entregan su honor!... eso á que llaman honor, esa vanidad de dueños de la esclava, que podemos romper en venganza causándoles más daño que ellos al arrancarnos el alma y la vida. (Se ríe). ¡Pobres amantes! ¡En esto, las mujeres honradas os llevamos la ventaja!... (Vuelve á reír con desgarradora ironía. Se sienta lejos de Adelina, quedando al fin diabólicamente pensativa).

ADELINA.—(Alarmada se acerca). ¡Qué estás diciendo! ¿Qué piensas? ¿Qué extrañas cosas te acabo de oír?

EVA.—Sí, muy extrañas. Te pareceré otra, también, y le pareceré otra á Emilio, como su Carmen. Acabo de resucitar á un mundo nuevo, inmenso, y no soy ya la misma que conocéis. Tú, pobre amiga, no podrás comprender la transfiguración; hace falta haber sentido el choque del alma de un artista, contagiándose un poco de su grandeza; y ya lo ves, cuanto toca se transforma del modo más raro: Carmen, al perder su pureza, en lo más puro, en ángel; yo, en...

ADELINA.—¿En qué? (Con espanto, por el cruel dolor de Eva, y retrocede un poco).

EVA.—¡Oh, ven! (La atrae y la sienta al lado). Tú eres buena como lo era yo; por deber... por hábito. Pero á Emilio mismo le he oído afirmar que ser virtuosa es ser fiel á un cariño; y esto debe de ser una gran verdad, porque al desplomarse el mio siento un afán que me ahoga por empezar á ser mala! (Ríe).

ADELINA.—(Movimiento de repulsión). ¡Eva!

EVA.—No huyas de mí; es pronto todavía... No he hecho aún más que soñar, soñar, soñar placeres del dolor... que tú no conoces... (Entre carcajadas), que tú no has podido soñar jamás.. La traición..., la afrenta...; ¡nos enseñan mucho también los dramas... á las nerviosas!

ADELINA.—(De pie con severidad). ¡Eva!... ¿Te has vuelto loca? (Eva se yergue en la butaca, muy grave de pronto y como reflexionándolo ella misma).

EVA.—¿Loca? No. (Lentamente). Yo pienso. Yo sé lo que hablo, y no debe de sucederle así á los locos. (Se levanta y dice reflexiva). Me he vuelto... ¡otra! Como él. Nuestras almas eran diferentes; no he podido cambiar la suya, y él ha cambiado la mía. Era preciso. Se la había dado para siempre, y es el único modo de que pueda seguir siendo suya al dejar de serlo. Virtud, como la quiera; fidelidad como él la ha hecho: á su lado y junto á él, en el amor y en el odio es imposible el olvido... He soñado. (Como en delirio)... ¡No sé!..., buscarlos..., verme frente á ellos..., ponerme en el camino de su dicha, á ver si es tan grande esa pasión que pueda saltar por encima de mi rencor y del escándalo... ¡Ah, sí! La querida y el amante, la esposa y el amigo, allá abajo, en la misma casa, á la misma hora y con misterio igual... No necesitará más Madrid que esta historia... ¡Oh! ¡mañana! ¡mañana! (Su risa insensata.)

ADELINA.—Pero ¿qué intentas? (*Alarmadísima.*)

EVA.—Devolverle su honor (*firmemente*), roto por mi voluntad, no por mis traiciones, como un cristal, de un puñetazo! Estrellar de un golpe una amistad y un amor que llenaron mi existencia, y que también se citaron para destrozármela. Estrellarlos yo misma con más arrogancia, que ellos dos, con menos cobardía. ¡Ah, tú, mi pobre Adelina, niña de salones, no sabes nada de esto; ni ella lo sabe, ni Carmen quizás, artista del cariño y mimosa de la gran coquetería á la luz del gas! Para esto es necesario haber mirado mucho tiempo las llanuras de los campos al pleno sol de mis cortijos andaluces...

ADELINA.—¡Eva!... ¡Dime tu intento!

EVA.—¡Oh, no, tú no entenderías nada! ¡Pobre mía, (*acariciándola*), en tu dorada jaula, como un pajarillo, á tu pesar! Sigue, sigue. Tú has podido perdonar como muchas.. Tú eres feliz, á pesar de todo.

ADELINA.—Y tú lo serás, lo mismo. Cuando vuelva Emilio...

EVA.—¿Aquí?... No quiero verle.

ADELINA.—Sí, le esperarás conmigo; no puede tardar. Son cerca de las tres de la mañana. (*Eva se sorprende y queda como sobrecogida por un peligro*).

EVA.—¡Las tres! (*A sí misma y con terror que quiere disimular*).

ADELINA.—Sé razonable y verás. T;

EVA.—¡Calla! (*Escucha con ansiedad*). ¿Suena un coche?

ADELINA.—Emilio, sin duda.

EVA.—No. Pasa. (*Aliviada de su terror*). Emilio no vendrá.

ADELINA.—(*Acercándose*). ¿Qué te sucede? (*Eva echa la cabeza sobre el hombro de ella y llora*). ¡Dímelo, dímelo! ¿De qué hablabas antes, de qué casa, de qué encuentro, de qué amigo?

EVA.—(*Alzando la cabeza y serenándose, se aleja de Adelina*). ¡Oh! ¿Yo te hablé de eso?... Locura. Estoy como loca... ¡sufro tanto!... ¡Las tres! Muy tarde. Pero ya estoy tranquila... Mis nervios se rinden... es muy tarde. Necesito descansar... y tú.

ADELINA.—Me quedaré contigo.

EVA.—No; porque entonces no podría dormir... y creo que si me acostase en seguida dormiría... Voy á avisar que te alumbré Pedro en la escalera. (*Va á la puerta*). ¡Lucía! ¡Lucía! (*Se supone que la ve en el pasillo*). Di á Pedro que suba con la señorita, y que se acueste luego. Y tú, vuelve.

ADELINA.—Hasta mañana. (*Tomándole ambas manos con cariño*). Vendré temprano... y hablaremos mucho.

EVA.—Hasta mañana. (*Después de abrazarla con ternura que obliga á salir á Adelina enjugándose las lágrimas*).

### ESCENA III

EVA.—Después LUCÍA.

EVA.—¡Mañana! ¡Mañana!... ¿Será miedo este temblor?... ¡Eh, no; me ha herido en el corazón!... Yo le heriré en el orgullo, cara á cara..., en lo único que puedo.

LUCÍA.—¿Señorita?

EVA.—Entra.

LUCÍA.—(*Después de un silencio*). ¿Quiere la señorita que la desnude?

EVA.—¿Qué hora es?

LUCÍA.—Las tres.

EVA.—¿Han dado?

LUCÍA.—Hace un momento. (*Pausa*).

EVA.—¿Hay alguien levantado en casa?

LUCÍA.—Quitando Pedro, creo que no. Ramona y María se acostaron.

EVA.—¿Y mi tío?

LUCÍA.—El señor está en su habitación; pero tiene luz (*Pausa*). La señorita, ¿no se recoge?

EVA.—(*Con torpeza*). No. Espero á... una persona. Tengo que hablar... reservadamente..., ¿sabes?... con el señorito Rafael.

LUCÍA.—¡A estas horas!

EVA.—Debe llegar pronto (*como quien ordena tímida, y no como quien halaga suplicando para buscarse un cómplice*) y entrar sin que le sientan. Cuando oigas un carruaje que parará en la esquina bajo la ventana de tu cuarto, abrirás la ventana, y luego la puerta de la escalera, de que oigas la de la calle...

LUCÍA.—(*Sorprendida*). ¡Señorita!

EVA.—¿Has entendido?

LUCÍA.—Sí, señorita. Pero... ¿y si mañana se sabe?... (*Verdadero temor de honrada*).

EVA.—(*Con dignidad*). Lo que tenemos que hablar, no será un misterio sino por esta noche (*Dolor irónico*). Mañana... puedes contarle la visita á todos.

LUCÍA.—Está bien. Perdone la señorita... (*Humilde*).

EVA.—En cuanto entre D. Rafael, te acuestas... pues no volveré á necesitarte... ¿Qué escuchas?

LUCÍA.—Paréceme que Pedro vuelve con alguien.

EVA. — ¿Con quién? (*Hablan fuera, Lucía escucha*).

LUCÍA. — ¡Con D. Emilio!

EVA. — (*Vacilando, dice al fin, á la vez que apaga la luz*). ¡Que no entre aquí! ¡Cierra esa puerta! (*Lucía obedece y Eva se retira á la puerta de la derecha permaneciendo en su dintel*). Si entra, finge dormir.

LUCÍA. — Y si pregunta por la señorita...

EVA. — Que estoy en mi cuarto! (*Lucía se sienta en una butaca junto á la puerta de recha del fondo, por detrás de cuyos cristales se verá cruzar á Emilio y Pedro hacia la estancia iluminada, — izquierda fondo. — Pasan hablando y se sentirá, cuando menos el murmullo de la conversación*).

EVA. — ¿Qué ha preguntado?

LUCÍA. — Por usted. (*Pausa*).

EVA. — ¿A dónde han ido? (*Lucía va sigilosa á mirar por la vidriera izquierda fondo. Eva pasa un poco, de puntillas, al medio de la escena*).

LUCÍA. — Están aquí. Pedro le sirve un vaso de agua. Se echa el señorito en el sofá... Parece intranquilo.

EVA. — ¡Oh, Dios! ¿Por qué habrá vuelto?... ¿Qué hace?

LUCÍA. — Se ha levantado, y pasea... (*Eva retrocede como para estar pronta á huir*). Se para en la chimenea y no sé qué mira con atención...

EVA. — (*Meditando*). ¡Oh! ¿Sería capaz de perdonarle?

LUCÍA. — Es un retrato. Lo mira y lo besa...

EVA. — ¿Un retrato?

LUCÍA. — El de usted... el de marco de ébano.

EVA. — (*Con grandísima emoción va á cerciorarse*). ¡Sí! ¡El mío!... (*Se separa de la puerta*). ¡El mío!... ¿Por qué lo besa?... ¡Si me atreviese á entrar!... (*Reflexiona, y se lanza de improviso hacia la puerta, pero se detiene, de pronto también*).

LUCÍA. — Pedro le trae ropa: se va á cambiar de traje...

EVA. — ¡Sí, mejor que él venga..., que se arrepienta, y sufra, y se me ponga de rodillas!) Lucía, ven. (*Se acerca Lucía*). Voy á mi cuarto. Procura tú que D. Emilio te vea. Te preguntará por mí... y tú, entonces, le dices que estoy levantada. ¡Que estoy levantada!... no vayas á decirle que le llamo ni le espero...

LUCÍA. — Bien. (*Eva va á salir por la derecha y Lucía profiere una contenida exclamación de sorpresa*). ¡Ah, señorita!

EVA. — ¿Qué?

LUCÍA. — ¿No oye usted? El coche. (*Atienden ambas. Se oye rodar en la calle*).

EVA. — ¿Qué coche? (*Como sorprendida é indignada. Escuchan más y Eva siente como repugnancia y contrariedad*).

LUCÍA. — Se para.

EVA. — ¡Se para! (*Eco de espanto y enojo*).

LUCÍA. — (*En un balcón, cuya madra entreabre*). Sí, en la esquina de enfrente. Nadie se baja. (*Vuelve á Eva*). ¿Será D. Rafael? (*Perplejidad sobre si debe abrirle á pesar de estar Emilio*).

EVA. — ¡Rafael! (*Como despertando*).

LUCÍA. — ¿No va á recibirlo?

EVA. — No... Ya no.

LUCÍA. — Habrá que avisarle de algún modo.

EVA. — Es inútil... Se marchará cuando se cansé. (*Se oye hablar en la inmediata estancia*), ¡Psiii!... ¿qué dice? (*Escuchan*). ¿Vienen? (*Eva da instintivamente algunos pasos á puerta derecha y Lucía va á mirar por la vidriera*).

LUCÍA. — Ha cambiado de traje. Pero, ¡el señorito va á salir! Tiene el abrigo y el sombrero puestos...

EVA. — ¡Oh!

LUCÍA. — (*Escucha*). Se despide de Pedro hasta el lunes... Ya se van. (*Se les oye otra vez y se ve por el pasillo á los dos. Eva, sorprendida, va á la derecha fondo y la abre, después que se han alejado, vacilando, entre retorcidas de desesperación, si gritará ó se lanzará á llamar á Emilio. Suena un portazo*).

EVA. — (*Desfallecida*). ¡Olvidaba que para viajar no se va con frac y sombrero de copa! (*Vuelve al proscenio*). Ve á tu cuarto. (*Secamente. Enciende la luz*). Abre la ventana en cuanto el señorito desaparezca en la calle. (*Sal: Lucía*).

#### ESCENA IV

EVA.

EVA. — Entró y salió como un ladrón... (*Significa con el ademán haber oído la puerta de la calle y va á mirar por el cristal del balcón*). ¡Estás libre! Tú buscas el placer... vas á él tan ciego... tan ciego... ¡No tardarás en encontrarme! ¡Hasta luego! (*Se retira del balcón y dice, mirando la luz de la vidriera de la izquierda*). ¡Besaba mi retrato... la limosna de que he vivido mucho tiempo! (*Contempla alrededor*). ¡Qué extraña la casa; qué grande y qué sola! (*Apoya la mano en el piano, del*

que se encontrará al pie). ¡Cuántas veces le he hecho soñar con tu lenguaje! (*Mirando el diván, dice:*) ¡Cuántas me dormí en su hombro, ébria de su voz y de sus ojos! (*Pausa*). Y ahora, aquí, entre las mismas cosas queridas, tuyo (*al aire, en la dirección en que va Emilio*) todo el pensamiento, espero á un extraño, para la muerte, para el escándalo... ¡Qué horror! (*Ha sentido que llegan y se estremece y va á huir, pero se domina*). ¡Para siempre! ¡Mi hogar deshecho, mi vida...! ¡A la vergüenza, al escándalo...! ¡Mañana! ¿Qué habrá sucedido mañana?... ¡Pobre tío!

## ESCENA V

EVA. — RAFAEL. — LUCÍA. — (*Hasta que se marca*).

(*Rafael entra en silencio, despacio y sonriendo triunfalmente. Eva vuelve la cabeza, se mira y vacila entre arrojarlo ó huir ella. Al fin dirigese resueltamente á Lucía*).

EVA. — Traemi abrigo.

LUCÍA. — (*Sorpresa*). ¿Va á salir la señorita?

EVA. — Sí. (*Lucía va recelosa á la habitación, derecha*).

RAFAEL. — ¿A dónde iremos?

EVA. — A mi huerta.

RAFAEL. — ¿Y después?

EVA. — Después... (*sombria*), ¡á donde Dios quiera! (*Lucía entra con el abrigo y el sombrero de Eva. Rafael los toma, y sale por el fondo izquierda la criada á una indicación de Rafael*).

RAFAEL. — (*Ayudándola á ponerse el abrigo*). ¡Qué hermosa estás! No dirás que hago mala doncella. ¿Lloras?

EVA. — No.

RAFAEL. — Se te han saltado las lágrimas, ¿por qué?... Desecha temores. No pienses más que en nuestra dicha. Te espanta lo desconocido, porque no sabes que lo desplegaré ante tí como un mundo de gloria... Te espanta, porque tú misma has pasado el límite prudente..., te has exagerado en tu alma violenta y caprichosa la necesidad de partir... la locura de partir... sin pensar en lo que sucederá siquiera... en lo que fatalmente sucederá de romper ambos nuestra...

EVA. — ¡Cobarde! (*Indignada y despreciativa, simplemente*).

RAFAEL. — ¿Cobarde? No. Aquí estoy para probarte lo contrario, sin explicaciones, sin... ¡tan loco de pasión como tú. ¿A qué lágrimas? Déjame secarlas con un beso...

(*Va á dárselo y ella le rechaza como en espasmo*).

EVA. — ¡No! ¡Aún no! (*Irónica*).

RAFAEL. — ¿Por qué no, Eva? (*Ella le esquivava con severidad*). ¡Qué tontería! Piensa que dentro de un instante estaremos juntos en el coche, que trepidará llevándonos solos y á la carrera por la obscura noche de los campos, y que en él te tendré toda para mí, sin que ya te defiendan tus respetos, enamorada y loca, como yo de tu hermosura, y que allí, hasta saciar mi insaciable sed, besaré tus ojos, y tus labios... (*Vuelve á intentar besarla. Eva retrocede con una repugnancia mayor*).

EVA. — ¡Oh, no, no, jamás! (*Queda contenta y apoyada en el diván. — Pausa durante la cual la contempla Rafael con sonrisa y calma donjuanesca*).

## ESCENA VI

EVA. — RAFAEL. — EMILIO.

(*Emilio aparece furtivo en la puerta fondo derecha. En su actitud ha de dar á entender todo lo que no dice por innecesario: esto es, que ha entrado sin que nadie lo advierta porque viera el coche y se quedara observando desde lejos cuando Rafael entra en la casa*).

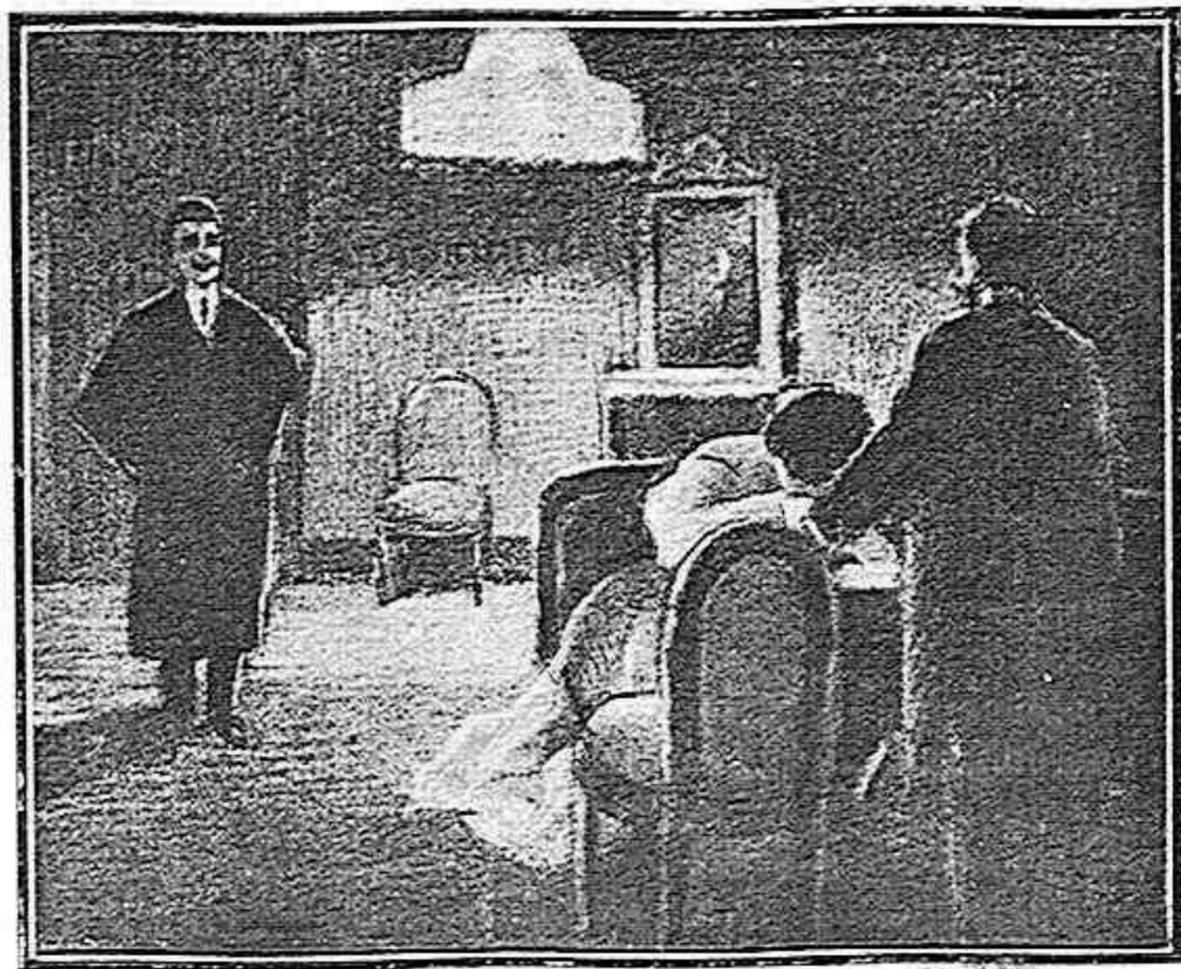
RAFAEL. — (*Se acerca á Eva seguro de sí mismo*). ¡Pobre alma mía... qué extraño tu corazón! ¡Qué afán de negarlo todo, (*Emilio se desliza detrás del piano*). Cuando antes del día no habrá en tu belleza toda un solo encanto que no me pertenezca!. Ya ves, ¿de qué te ha servido luchar contra mí, (*Emilio redobla su atención*), insultarme, arrojarme de tu casa, hoy la última vez..., para que una hora más tarde, tú misma, tu alma desbordada, llegara á proponerme esta fuga verdaderamente insensata?... (*Con indiferencia galante*) ¡Un beso!. ¿No quieres dármelo? Bien. Ya me los tomaré en el coche. Vamos. Está amaneciendo. Tu huerta está lejos. (*Emilio indicará con sus gestos que acaba de comprender bien todo el intento de Eva*). Será preciso llegar con tiempo para descansar y abandonarla mañana mismo, porque, presumo, que no desearás que nos encuentren allí, lo mismo que á dos colegiales...

EVA. — Coge maquinalmente el sombrero y le vuelve á la silla). No, no, jamás... ¡Imposible! (*Cae en el sofá como desvanecida*).

RAFAEL. — (*Se desmaya! Es lo que faltaba... Todas igual. Aprenden en el Manual de la perfecta amante. ¡Y ahora vendría*

de perlas llevarla en brazos). ¡Eva!... ¡Eva mía! (Veamos). (Intenta levantarla). (Emilio sale).

RAFAEL. — ¡Pesa mucho! ¡Es hermosísima!... ¡Si al menos hubiese agua por aquí!... (Al volverse ve á Emilio. Rafael retrocede con espanto. Un silencio durante el cual despierta Eva quedando muda é inmóvil al ver á su marido. Eva, al fin, sin dar crédito á sus ojos., se levanta, quedando entre Rafael y Emilio).



EVA. — ¡Oh! ¡Contigo, mi Emilio! (Vuelve mientras se aleja de Rafael con repugnancia. Es el horror sentido de su cruel decisión, ahora que cree vuelto á Emilio por el arrepentimiento).

EMILIO. — ¡Ya no soy tuyo! (La rechaza de un fuerte empujón, que al ser recibido por Eva imprevistamente, hácela caer medio arrodillada).

EVA. — ¡Ah! (Rafael da algunos pasos para socorrerla; pero antes que llegue le detiene Emilio sacando un revólver).

EMILIO. — Si la tocas... ¡te mato como á un perro! (Se detiene Rafael con valentía. Atraídos por el grito de Eva, aparecen en la derecha fondo D. Francisco y la criada, y en la izquierda fondo el criado).

RAFAEL. — Hazlo, si quieres. (D. Francisco está suspenso y como adivinando la situación). Pero ten en cuenta que esa mujer era honrada.

EMILIO. — ¿Era honrada? (Sin hacer caso de D. Francisco). Y lo es, idiota! Debía abrasarte ahora mismo, ahí, como mereces, por estúpido y por ladrón. Pero, no; (tira el revólver), todavía me molesta tu arrogancia. A defenderte frente á mí. (Indica imperioso la puerta). Tú

cres caballero. Sal y busca tus amigos. Yo te aguardo en el Casino. (Sale Rafael; le abren paso aturdidamente D. Francisco y la criada. Un momento después dirigese también á la puerta Emilio y se vuelve desde ella). Adiós, Eva. Acabas de romper con el escándalo lo único que podía unirnos... á pesar de todo. ¡Teniendo tanta alma, has querido que te amase por tu virtud!... y ya lo ves, si tu virtud era poco para mí, tu alma ha sido al fin demasiado!

EVA. — ¡Adiós! (Con terrible y dolorosa ironía). ¿Te vas con... tu Carmen?

EMILIO. — Quizá vale menos que tú... pero has querido probármelo tarde. Y no tenías derecho á arrojar al escándalo (mirando á los criados) ese nombre... ¡Yo le sacaré, noble aún, del escándalo! (Sale, amargo y resuelto).

EMILIO. — (Con serenidad). ¡Yo soy!

EVA. — ¡El! ¡Ha vuelto! (No temor, sino duda y esperanza como en olvido repentino de su falsa situación).

EMILIO. — ¿Para visitar á tus enfermos, necesitas estas horas..., que yo salga... y apostarte á espiar desde un coche? No me esperabas ¿eh?

RAFAEL. — No te esperaba, verdaderamente. (Con tono en que quiere domnar la fanfarronería cinica al espanto).

EMILIO. — ¡Qué quieres! Lo desagradable suele llegar así, por sorpresa... ¿Tienes miedo?

RAFAEL. — ¿Miedo? (Logra dominarse). Yo, no. Esta pobre mujer, si acaso. Mas para matarla á ella, tendrías que matarme primero. (Va á Eva y la coge por la muñeca queriendo ponerla detrás de él. Eva le mira con sorpresa y terror, da un fuerte grito, se suelta y corre huyendo de él como para ampararse en Emilio).

## ESCENA ÚLTIMA

EVA. — D. FRANCISCO. — CRIADOS.

*(En el fondo).*

D. FRANCISCO. — ¿Qué has hecho, dí, desdichada?

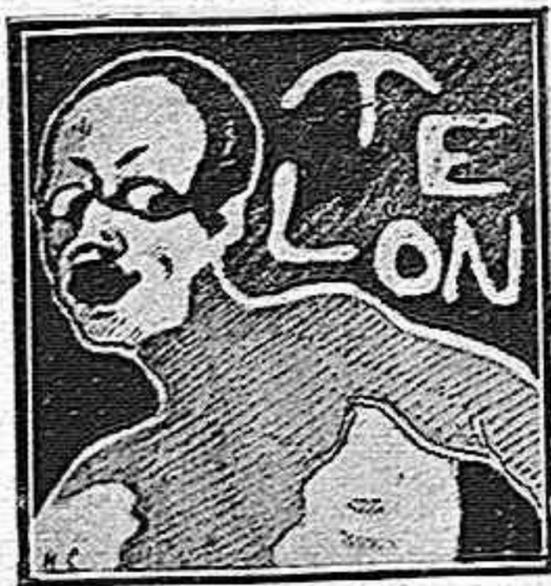
EVA. — *(Que permanece medio abatida en el suelo).* ¡Mi alma! ¡Es mi alma! ¡Mi venganza!

D. FRANCISCO. — ¡Tu venganza!... ¡Un duelo para ellos, que aumentará su fama de

hombres de mundo, y dos mujeres deshonradas: tú y Carmen! ¡Así podéis las esclavas vengaros! A las mujeres no os sirve el alma en la tierra!

EVA. — Pues no importa. Si me la quiere, será ahora para Dios. Ya podré rezar. Ya puedo pedirle lo primero... que no le mate!... *(Deja caer la cabeza entre las manos de su tío y llora siempre con la rodilla en el suelo mientras cae lento el telón).*

*Eliseo Riego*



---

*En el próximo número, El Señorito y La Institutriz, de Emigdio Plascencia, autor premiado en el concurso de «El Liberal».*

---

Los derechos de propiedad pictórica y literaria quedan reservados á sus respectivos autores.  
Imprenta de BALGAÑÓN Y MORENO. — Pelayo, 36, Madrid.

# AUTORES MODERNOS ESPAÑOLES Y AMERICANOS

## OBRAS EN PROSA

*Eduardo Barriobero*: Guerrero, novela, 2 pesetas.  
*Rafael López de Haro*: Dominadoras, novela, 3 pesetas.  
*Angel López Ortiz de León*: Arpegios, prosa y verso, 2 pesetas.  
*Augusto Martínez Olmedilla*: La caída de la mujer, novelas cortas, 3 pesetas.  
*Isaac Muñoz*: El libro de las victorias, 3 pesetas.  
*Fernando Ramos y Marcelino Bravo*: Alma y carne, novela, 2 pesetas.  
*Pedro de Répide*: La enamorada indiscreta, novela, 3 pesetas.  
*Salvador Rueda*: La Cópula, novela, 3 pesetas.  
*Santiago Rusiñol*: La Madre, Cigarras y hormigas, Teatro. 3,50 pesetas.  
*Felipe Sassone*: Almas de fuego, novelas cortas, 3 pesetas.  
*José de Siles*: La hija del fango, novela, 1 peseta.  
*Felipe Trigo*: La Bruta, novela, 3,50 pesetas.  
 » » El Barón de Lavos; novela de Abel Botelho, dos tomos, 6 pesetas.  
*Ramón del Valle-Inclán*: El Marqués de Bradomin, novela, 3,50 pesetas.  
*Angeles Vicente*: Teresilla, novela, 2 pesetas.  
*Ramón Villegas*: Géminis, novelas cortas, 3 pesetas.  
*Eduardo Zamacois*: Río abajo, 3 pesetas.

## OBRAS EN VERSO

*Manuel Abril*: Canciones del corazón y de la vida, 2 pesetas.  
*José Santos Chocano*: Fiat Lux, 4 pesetas.  
*Enrique Díez-Canedo*: La Visita del Sol, 2 pesetas.  
*Fernando Fortín*: La hora romántica, 2 pesetas.  
*Alfredo Gómez Jaime*: Rimas del Trópico, 3 pesetas.  
*Luis C. López*: De mi Villorrio, 2 pesetas.  
*Antonio Machado*: Soledades, Galerías, Otros poemas, 3 pesetas.  
*Manuel Machado*: Alma, Museo, Los cantares, 3 pesetas.  
*Gregorio Martínez Sierra*: La Casa de la Primavera, 3,50 pesetas.  
*Gonzalo Molina*: Rimas bohemias, 2 pesetas.  
*Tomás Morales*: Poemas de la Gloria del Amor y del Mar, 2,50 pesetas.  
*J. Ramírez Uria*: Las Leyendas de la Brisa, 2 pesetas.  
*José Pablo Rivas*: Los cantos á la aurora, 3,50 pesetas.  
*Leonardo Sherif*: Versos de Abril, 2 pesetas.  
*José de Siles*: El Diario de un poeta, 1 peseta.  
 » » Musa retozona, 1 peseta.  
*Varios autores*: La Corte de los poetas, Florilegio de Rimas modernas, 4 pesetas.  
*Francisco Villaespesa*: La tristeza de las cosas, 3 pts.  
 El Patio de los Arrayanes, 3 pesetas.  
*Antonio de Zayas*: Leyenda, 4 pesetas.

Librería de PUEYO.—Mesonero Romanos, 10.—Madrid.

**El Fenix**  
 Sociedad francesa de seguros de vida é incendios. RUE LAFAYETTE, 33.  
 PARIS

Ramo de vida. — (FUNDADO EN EL AÑO DE 1844)

*Empresa privada sujeta á intervención del Estado.*

Capital social.....	4.000.000
Fondos de garantía....	884.000.000
Capitales asegurados..	548.000.000
Riesgos pagados.....	881.478.770

Seguros de vida entera, mixtos y dotales, rentas vitalicias, etc.

Ramo de incendios. — (FUNDADO EN EL AÑO DE 1819)

Capital social.....	4.000.000
Fondos de garantía....	19.756.000
Primas por vencer....	17.710.000
Capitales asegurados..	16.815.697.000

Riesgos pagados..... 852.274.205

Seguros contra incendios de fábricas, fincas, etc.

Agente general para las provincias de Badajoz y Cáceres:  
 RAMÓN ROFFIGNAC, Badajoz.

## LA CAMERANA

*Fábrica de pastas para sopa, hielo artificial,  
 jarabes y bebidas gaseosas.*

La más importante de Extremadura por su exportación, cuyos productos, por su elaboración esmerada, son los más solicitados.

*García de Vinuesa y Soriano*  
**MÉRIDA**